

Versaciones de un chupaplumas

Si lográbamos dar esquinazo

[1]



a esta buena señora tan cargante y convencer a Ifigenía, una prima lejana de una de las hijas de la cuñada de la de Zabala — que tenía más, porque se había casado varias



veces, pero prima lejana de Ifigenia nada más que una —, de que aprendiera a montar a caballo o vestirse por lo menos y aunque nada más fuera en plan de atrezo de amazona, no “tendríamos, en evitación de claustrofobias o de vértigos — consideró Germán Mancuerna, el propietario de la tienda de ultramarinos de dos calles más arriba y de una

inteligencia ponderada, aunque bastante a ojo, por debajo de la media del conjunto disjunto resultante de la intersección de las que se juntaban alrededor de la mesa del bar de Ambrosio en la sobremesa jugando al tute con carajillos o cafés y al lado de la máquina de café, sólo, sin carajillo, a la hora del desayuno, de la oficina de patentes y marcas de clase que representan (aunque eso no hacía falta ni decirlo porque lo sabía todo el mundo y hasta la mismísima señorita lo daba por sentado) a todo el intervalo para el cálculo de algunos parámetros como la media aritmética o la desviación típica de las inclinaciones o tendencias más estrafalarias o irrisorias que pudieran darse entre su distinguida clientela —, que bajar al trasterillo sin ventanas ni subir las escaleras sin barandilla que”, dijo, estaban.

Y la de Brumoso se mostró de acuerdo en ese particular en concreto, aunque no por eso dejó de protestar lo suyo y un poco de suelto que le prestó la de Cosculluelo porque “con tanta cháchara, yo te había pedido redondo de ternera y me has puesto solomillo que” dijo, y en eso tenía razón, es más jugoso sí pero también bastante más caro.

Versaciones de un chupaplumas

Si lográbamos dar esquinazo

[2]

Y que estuviese más atento a lo que estaba y, a la de Cosculluelo, que muchas gracias y que se lo devolvía mañana.